

Fábulas de la India.

EL CUERVO, EL CIERVO, EL CHACAL
Y EL CAZADOR

EN un bosque lleno de jaras vivían un ciervo y un cuervo.

El ciervo, que era joven y estaba gordo, fué visto por un chacal, quien pensó, desde luego, en comérselo.

Para ello quiso inspirarle confianza, y le dijo:

—¡Salud, amigo!

—¿Quién eres tú?—le preguntó el ciervo.

—Yo soy un chacal de escasa inteligencia; no tengo parientes ni amigos; vivo en este bosque solitario como la muerte; pero si tú quieres ser mi amigo, volveré desde hoy a la vida del mundo y no me apartaré jamás de ti.

—¡Aprobado!—dijo el ciervo.

Y ambos se fueron juntos a la morada del ciervo, que estaba junto a un roble, donde vivía también un cuervo.

Esta ave, al ver juntos al ciervo y al chacal, dijo al primero:

—¿Quién te acompaña, amigo?

—Un chacal!—dijo el ciervo—, que solicita nuestra amistad.

—Sin motivo suficiente—dijo el cuervo— no conviene fiarse de un extraño: así que no has obrado bien.

Apenas oyó esto el chacal, dijo, encolerizado:

—También desconocía el ciervo tu carácter y familia el día en que te vió por primera vez, y ahora es grande amigo tuyo.

—¿Qué sacamos de esta discusión?—dijo el ciervo. *Con el trato se hacen los amigos y los enemigos.* Aquí todos, en francas y amigables pláticas, procuremos nuestra dicha.

El cuervo no hizo más observaciones sobre el asunto. Al día siguiente, el cuervo, el ciervo y el chacal marcharon juntos a un sitio agradable, y el chacal dijo al ciervo:

—Amigo, en un rincón de este bosque hay un campo de trigo. Ven conmigo.

Fuéronse allí el chacal y el ciervo, y éste comió trigo en abundancia.

Volvió al mismo sitio varios días, y, notándolo el guarda del campo, puso un lazo, en el cual el ciervo fué cogido.

—¿Quién me libraría de esta desgracia?—exclamaba.

Vió al chacal, y le dijo:

—¡Amigo, sálvame; rompe esta red que me aprisiona!

Pero el chacal no le contestó, porque pensaba en devorarlo.

—El ciervo le dijo entonces:

—*En la desgracia se conoce al amigo.*

Es tu amigo quien te acompaña en la miseria y en la abundancia, en el palacio y en el cementerio, en la prosperidad y en el infortunio.

—¡Amigo!—dijo, por fin, el chacal—. La red es de nervios, y yo no puedo tocarla. Mañana veré si puedo socorrerte.

Entonces llegó el cuervo, que buscaba a su amigo, y le dijo el ciervo:

—¡Mira lo que me pasa por no haber seguido tus consejos!

El que no escucha los consejos de los que le quieren bien, sufre sus desgracias y es objeto de burla de sus enemigos.

—¿Piensa el chacal en salvarte?—dijo el cuervo.

—Por el contrario—contestó el ciervo—, sólo piensa en la manera de devorarme.

—Ya lo ves—replicó el cuervo.

Jamás hagas amistad con el malvado. El carbón encendido, quema; frío, ennegrece la mano.

El malvado se humilla delante de ti, y por la espalda te devora.

El malvado y el adulator jamás son dignos de confianza.

Al día siguiente, viendo el cuervo al guarda del campo armado de un palo, dijo al ciervo:

—Hazte el muerto, y cuando yo dé un graznido te levantas y huyes velozmente.

Vió el guarda al ciervo, y dijo:

—¡Tú mismo te diste la muerte!

Le quitó luego la red, y mientras la recogía, el cuervo dió un graznido y el ciervo huyó lejos de allí.

Rabioso el guarda al verlo huir, le tiró el palo, el cual dió al chacal, que allí estaba en acecho, y le dejó muerto.

Con el enemigo no hagas nunca alianza, aunque la tengas por segura.

